

---

# Memoria, trauma y crimen en la novela *Ita* de Mónica Albizúrez Gil

Memory, Trauma and Crime in *Ita*, Novel by Mónica Albizúrez Gil

JELENA MIHAILOVIC

Fordham University, EE.UU.  
jmihailovic@fordham.edu

**Resumen:** El presente artículo ofrece una reflexión sobre las maneras en las que la novela *Ita* (2018), de la guatemalteca Mónica Albizúrez Gil, explora la memoria traumática cuyas raíces se extienden hasta los primeros años de la década de los ochenta, marcados por graves conflictos nacionales, en general, y el asesinato de un joven activista político, en particular. Con el propósito de desenterrar los orígenes psicológicos de la enfermedad que la acosa –la fibromialgia–, la protagonista-narradora de esta novela asume una función detectivesca y realiza una investigación de rasgos muy particulares, poniendo su memoria en un estado de fluctuación entre el momento presente de la narración en el que ella recuerda, y un pasado que alberga acontecimientos traumáticos, que intenta recordar. De esta manera, el trabajo de la memoria se configura como herramienta importante en el proceso de reconstrucción del pasado reprimido propio y/o familiar. Más allá de lo subjetivo, la investigación de la protagonista simultáneamente revela que la sociedad guatemalteca sigue marcada por el trauma nacional, lo cual en gran medida se debe a la ineficiencia de los mecanismos jurídicos que pudieran fomentar el proceso de elaboración o *working through*.

**Palabras clave:** narrativa policial, memoria, trauma, Guatemala, Mónica Albizúrez Gil

**Abstract:** This article reflects on the manners in which the novel *Ita* (2018), written by the Guatemalan writer Mónica Albizúrez Gil, explores the traumatic memory that roots in the early eighties, years marked by grave national conflicts, in general, and the murder of a young political activist, in particular. With the purpose of unearthing the psychological origins of the condition that hounds her –fibromyalgia–, the protagonist-narrator of the novel assumes the role of a detective and carries out an atypical investigation. During this investigation, her memory fluctuates between the present in which she remembers, and a traumatic past which she tries to remember. In this way, the memory work becomes an important tool in the process of reconstruction of her own and/or her family's repressed past. Beyond the subjective, the investigation simultaneously reveals that the Guatemalan society is still profoundly affected by the national trauma, which, to a great extent, stems from the inefficiency of legal mechanisms that could foment the processes of working through.

**Keywords:** Detective Fiction, Memory, Trauma, Guatemala, Mónica Albizúrez Gil

**Recibido:** octubre de 2019; **aceptado:** noviembre de 2020.

**Cómo citar:** Mihailovic, Jelena. "Memoria, trauma y crimen en la novela *Ita* de Mónica Albizúrez Gil". *Istmo, Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 41 (2020): 30-48. Web.

Un repaso brevísimo de la historia de la literatura policial del Istmo centroamericano nos remonta al período entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, cuando en la región circulan las traducciones, imitaciones y adaptaciones de las obras clásicas. En la primera mitad del siglo XX surgen también unas pocas obras regionales con elementos del género. La primera de ellas se titula “El número 13.013”. Se trata de un cuento escrito por León Fernández Guardia y publicado en San José en 1908, que no cuenta con una figura de detective ni una investigación, pero sí con una historia sobre el crimen (ver Quesada, “De *Castigo divino*” 63). Por su parte, la primera novela –*Un detective asoma. La primera novela hondureña de verdad*, de Aro Sanso (seudónimo de Ismael Mejía Deras)– se publica en 1932. Su singularidad reposa en “[e]l mero hecho de situar sus personajes ‘exóticos’ en un contexto claramente centroamericano [que] permite lecturas alternativas tanto desde el punto de vista de la narrativa detectivesca como desde el punto de vista de la narrativa histórica” (Quesada, “¿Por qué estos crímenes?” 64-65).

Los estudiosos que se dedican a las investigaciones en el campo de la narrativa policial centroamericana –Uriel Quesada y Misha Kokotovic, entre otros– apuntan a la escasez general de las obras pertenecientes al género a lo largo de su historia en la región. De hecho, entre la publicación de la novela de Aro Sanso y la siguiente novela con rasgos policiales que inicia una nueva etapa en la producción ístmica transcurren más de cincuenta años (ver Quesada, “¿Por qué estos crímenes?” 65). Pero aun cuando la cantidad de obras publicadas hasta ahora no se acerca a la producción de otros países latinoamericanos con una tradición fuerte en la narrativa policial –Argentina, México o Cuba, entre otros–, desde la publicación de *Castigo divino* del nicaragüense Sergio Ramírez en 1988 en adelante el género ha ido cobrando cada vez más importancia en América Central.

Tomando en cuenta sus características principales, podemos decir que las obras policiales centroamericanas pertenecen mayormente a la vertiente negra del género, la que sitúa su acción en los espacios urbanos marcados por un aumento de delitos y del crimen organizado, y regidos por alianzas secretas entre los ricos y respetables con el submundo criminal (ver Cawelti 156). Los misterios que se investigan en este tipo de novela no pueden resolverse en un cuarto cerrado –rasgo distintivo de la novela de enigma– sino que los detectives “se lanza[n], ciegamente, al encuentro de los hechos, se deja[n] llevar por los acontecimientos y su[s] investigaci[ones] produce[n] fatalmente nuevos crímenes” (Piglia 68). Según observa Misha Kokotovic, todas las obras producidas en América Central que poseen “a noir sensibility” (ver “Neoliberal Noir” 15) toman

[...] una postura desilusionada pero crítica frente a la corrupción y violencia que caracterizan las sociedades centroamericanas de la posguerra. Como en otras novelas negras latinoamericanas, en estas obras centroamericanas el orden social, y sobre todo el Estado neoliberal, figuran como las fuentes principales de la criminalidad y no de la justicia. (“Neoliberalismo” 186)

Si bien la mayoría de las obras policiales del Istmo corresponden a la variante negra, también vienen con los andamiajes del género “torcidos”, con lo cual se produce un abanico de variedades “intermedias”. Consecuentemente, por su riqueza a nivel formal y semántico, estas variedades representan una contribución significativa tanto al campo que explora las realidades socio-políticas del momento presente como a las revisiones del pasado que engendra dichas realidades. Entre los autores más destacados figuran Rodrigo Rey Rosa (Guatemala), Sergio Ramírez y Franz Galich (Nicaragua), Horacio Castellanos Moya y Rafael Menjívar Ochoa (El Salvador).

Como una de las tendencias cada vez más fuertes dentro de la narrativa policial de América Central sobresale el traslado del foco de atención de la esfera de lo colectivo al ámbito de lo privado. El énfasis en las obras con esta particularidad se sitúa en la memoria individual y los crímenes incrustados en círculos familiares, lo cual posibilita un acercamiento crítico a la Historia y las verdades proyectadas desde los discursos oficiales. Es interesante notar que en la mayoría de los casos, esta tendencia se desarrolla en textos escritos por mujeres. *Ita*, la primera novela de la guatemalteca Mónica Albizúrez Gil, ilustra a perfección esta imbricación entre la memoria, un trauma y un crimen cuya solución y comprensión apunta a la historia familiar.

La guerra civil de Guatemala (1960-1996) –evento crucial del pasado reciente nacional y materia de un sinnúmero de debates todavía vigentes–, figura en la novela de Albizúrez Gil como memoria traumática que se estampa en la mente de la protagonista en los años de su niñez, pero que busca una expresión “física” décadas más tarde, en lo que se configura como el presente ficticio de la narración. Proyectándose a la actualidad, es justamente la guerra lo que incita a la protagonista a emprender la investigación de un crimen viejo e irresuelto; actividad que, por su parte, le conduce a la realización de unos cambios sustanciales en su vida y una serie de revelaciones simultáneas sobre la operación perenne de la violencia sistémica en su país. Lo que se produce en esta novela, entonces, es una alteración de los espacios de lo íntimo y lo privado, y, con ella, una modificación correspondiente de la óptica social, mientras que la naturaleza de la investigación en sí, la aparta de la vertiente negra de la narrativa policial, para acercarla más al relato de enigma. Algo parecido sucede también en la novela *Dios tenía miedo* de la salvadoreña Vanessa Núñez Handal (2011) cuya protagonista hace un repaso de sus recuerdos y realiza una investigación de archivos para desvelar la implicación directa de los miembros de su familia en las atrocidades del pasado. El momento de revelación en sí representa un “momento de confluencia” donde –como afirma Magdalena Perkowska–, “la historia y memoria individual se conectan con la historia y memoria colectiva” y se origina “[u]na nueva subjetividad [...] no solo con un dolor propio causado por un pasado irresuelto (silenciado), sino, más que nada, con el dolor de los demás y su historia, ignorada e incomprendida hasta ese momento” (129).

Ahora bien, antes de emprender el análisis de la novela de Mónica Albizúrez Gil, quisiera echar una mirada rápida al cuadro socio-político que se conforma como trasfondo de su trama y del trauma abordado dentro de ella, y que

ciertamente clama por ser revisado desde la literatura. Según señala Elizabeth Jelin, las transiciones, en general, representan momentos de reconfiguración de fuerzas políticas en un país, por lo cual se constituyen como “escenario[s] de confrontación entre actores con experiencias y expectativas políticas diferentes, generalmente contrapuestas” (45) dentro de los que germinan “nuevas lecturas del pasado” que pueden entrar “en pugna” (44). Los países centroamericanos no son una excepción en este sentido; pues, en ellos,

[a]l igual que en América Latina, [...] [el] debate sobre la política de la memoria –sea en sus formas oficiales o no oficiales de enfrentarse a un legado de violaciones de los derechos humanos– en la lucha por la pacificación y democratización ha estado marcado [...] por la confrontación entre los que han optado por una política de *tabula rasa*, el olvido, el perdón y la impunidad y los que han defendido la necesidad de la investigación jurídica y la condena de los responsables como condición de la convivencia política (Mackenbach 235).

Restringiendo la discusión a la región de Guatemala, Carol Zardetto resalta el hecho de que, después de los Acuerdos de Paz (1996), los sectores e instituciones vinculados al poder han mostrado una voluntad de

[...] eliminar con una violencia pública y desmesurada la posibilidad de construir la memoria de lo acontecido. Aparte de la violencia explícita, los medios de comunicación propagaban la idea de que en tiempos de paz era mejor arrancar “las páginas oscuras de la historia”, y que “ya no hablar más de eso” era un acto virtuoso que podría abrirnos una oportunidad de futuro. Aniquilar la memoria, silenciar los recuerdos, se volvió una demanda brutal de los sectores que manejan el poder. (102)

En la práctica, la realización de una demanda de este tipo, sin embargo, es un imposible. Esto se debe al hecho de que aun cuando estén borrados del presente, los recuerdos –como explica Gaston Bachelard– se transfiguran en unos lugares emocionales que no se pueden definir, pero que se manifiestan en forma de diferentes emociones y sensaciones. Dichos espacios, “reductos [que] tienen el valor de una concha” (Bachelard 32), representan las “huellas mnémicas” o “mnésicas”, que permanecen incluso cuando “su origen y su sentido hayan sido olvidados” (Jelin 132). Ahora bien, si en estas huellas se “imprimen” experiencias traumáticas, su presencia se manifiesta en diferentes tipos de comportamiento patológico. El pasado entonces “se vuelve a vivir sin control [y] todo ocurre como si no hubiera diferencia entre él y el presente. Sea que el pasado se ponga en acto o se repita literalmente, sea que no, la sensación es que uno está de nuevo allí viviendo el suceso otra vez” (LaCapra 108). Y en el caso de que no se creen condiciones para realizar la elaboración (*working through*), el sujeto traumatizado puede quedarse permanentemente estancado en el ciclo de actuaciones (*acting outs*).<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En su texto *Duelo y melancolía*, Sigmund Freud distingue entre dos respuestas del sujeto frente a la situación de la pérdida “de un ser amado o de una abstracción equivalente” (2). La primera de estas dos respuestas –el duelo– no se define como un estado patológico, aunque refleja diferentes desviaciones del comportamiento normal, que eventualmente desaparecen por sí solas y el yo queda libre de toda inhibición. La melancolía, por su parte, sobreentiende una transformación de la pérdida del objeto en una pérdida del yo. El proceso de *working through* o “elaboración” –que

La obstrucción de la operación del sistema jurídico en la Guatemala de postguerra –situación repetida en una multiplicidad de países que han padecido guerras y dictaduras en sus historias respectivas–, tanto para las víctimas directas (sobrevivientes de los conflictos) como para las indirectas (sujetos que compartían vínculos afectivos con las personas asesinadas o desaparecidas), se traduce en una imposibilidad de efectuar el duelo y llevar a cabo el proceso de elaboración. De manera que incluso “[t]reinta años después”, los guatemaltecos todavía

“recuerda[n]. Y no solamente recuerda[n], sino que quiere[n] comprender. Aclarar las cosas, entrar en los detalles de cómo sucedieron, saber quiénes fueron responsables. Y [...] también reclama[n] justicia,” porque quieren “aprender a organizar la realidad de otra manera” (Zardetto 102).

Hacer esto significa también entrar en una lucha por la memoria, oponerse a “la reiterativa retórica de que quienes tocan estos temas desean ‘mantenerse en el pasado’” (Zardetto 102). La literatura, en general, representa una de las armas más potentes en la lucha por la memoria, porque los tejidos simbólicos de las obras literarias permiten que se trasluzca lo Real de los traumas causados por los conflictos nacionales, y que de esa forma se apunte a la(s) faceta(s) de la realidad diferente(s) de la(s) que figura(n) en las narrativas oficiales.<sup>2</sup> La primera novela de Mónica Albizúrez Gil se cuenta entre las obras que se inscriben en esta lucha en la región guatemalteca, puesto que en ella se rescatan los problemas socio-políticos que acosan el país en las décadas de los años setenta y ochenta, por un lado, y los efectos y las continuidades de estos problemas en los años subsiguientes a los Acuerdos de Paz, por el otro.

La trama de *Ita* se centra en las circunstancias de una abogada que en los años 2012 y 2013 realiza una investigación y descubre que en la propiedad de su abuelo se cometió un crimen un poco más de tres décadas atrás. En el curso de su investigación, ella también revela que justamente este crimen fue lo que “instigó” el abandono temprano de su madre y de esa manera “originó” el trauma que se constituye como una posible causa de su enfermedad: la fibromialgia. Se trata, pues, de una obra que contiene todos los elementos principales del género policial –la figura del detective, el crimen, la investigación, la resolución del enigma–, pero casi todos estos elementos se encuentran subvertidos en ella. La detective es la protagonista-narradora y no un detective profesional. El crimen no es el “gatillo” de la investigación, sino que más bien, es lo que se descubre durante una investigación iniciada por motivos personales. El desvelamiento del crimen, por su parte, no desemboca en el castigo del criminal y la restitución del orden social (novela policial clásica), ni en el descubrimiento de una cadena del crimen organizado (novela negra); se mantiene dentro del ámbito privado.

lleva a una superación del problema y el punto final en el caso del duelo— aquí queda obstruido. Impotente frente a la efectuación de un cierre, el sujeto melancólico se identifica con el objeto perdido y se abandona a una interminable repetición de escenas traumáticas del pasado.

<sup>2</sup> En *El sublime objeto de la ideología*, Slavoj Žižek define lo Real como aquel “lugar no histórico [...] que no puede ser simbolizado, aunque es producido activamente por la simbolización” (181).

Para observar lo policial de la novela de Albizúrez Gil, también es relevante rescatar los estudios ya clásicos sobre el género –“The Typology of Detective Fiction” y “The Detective as Reader: Narrativity and Reading Concepts in Detective Fiction”–, donde Tzvetan Todorov y Peter Hühn, respectivamente, afirman que toda novela detectivesca presupone la existencia de dos historias: la historia de un crimen y la historia de una investigación. En línea con lo discutido en el párrafo anterior, la primera de estas dos historias está ausente de la obra: gira en torno a un crimen que existe *a priori* de lo narrado y “habita” un espacio exterior al texto. Se trata de la historia de una ausencia (ver Todorov 46). La historia de la investigación, por su parte, es la historia cuyo propósito es revelar el misterio y finalmente llenar el vacío que, paradójicamente, figura como elemento clave de la obra. Es la historia que leemos, presente y visible. Siguiendo esta trayectoria de pensamiento, podemos decir que en *Ita* la primera de estas dos historias se configura como historia anclada en lo Real del trauma personal que fue generado como consecuencia de un crimen, mientras que la segunda remite a un tejido de diferentes pasos conscientes e inconscientes que conforman la pesquisa.

En sus *Escritos* –“el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir”– Jacques Lacan discurre sobre tres modulaciones del tiempo que remiten a tres momentos que el sujeto atraviesa intentando solucionar un problema y que son útiles a la hora de delinear la trayectoria de una investigación. Estas modulaciones no son cronológicas; más bien, se construyen “in terms of an intersubjective logic based on a tension between waiting and haste, between hesitation and urgency” (Evans 208). Su importancia, según el psicoanalista, reposa en que:

[...] captar en la *modulación* del tiempo la función misma por donde cada uno de esos momentos, en el tránsito hasta el siguiente, se reabsorbe en él, subsistiendo únicamente el último que los absorbe [...] [significa] restituir su sucesión real y comprender verdaderamente su génesis en el movimiento lógico (199).

La primera de las tres modulaciones –el *instante de la mirada*– se define como “[u]na instancia del tiempo [que] cava el intervalo para que lo dado de la *prótesis* [...] se mude en el dato de la *apódosis*” (Lacan 200). Su “tiempo de fulguración” es cero (Lacan 200), comprendiendo el momento de la deducción instantánea: el sujeto llega a “saber” en cuanto presencia un evento. Sin embargo, aquí se trata de un “saber” subjetivo, que requiere un trabajo adicional antes de que pueda comprobarse objetivamente. Es decir, lo que se produce en el *instante de la mirada*, es una intuición lógica, que “introduce la forma que, en el segundo momento, se cristaliza en hipótesis auténtica, porque va a apuntar a la incógnita real del problema, a saber, el atributo ignorado del sujeto mismo” (Lacan 200).

Lo que Lacan concibe como *tiempo para comprender* corresponde precisamente a este segundo momento. Su duración puede variar, dado que:

[...] puede reducirse al instante de la mirada, pero esa mirada en su instante puede incluir todo el tiempo necesario para comprender. Así, la objetividad de este tiempo se tambalea en su límite. Sólo subsiste su sentido con la forma que engendra de sujetos *indefinidos salvo por su reciprocidad*, y cuya acción está suspendida por una causalidad mutua en un tiempo que se escabulle bajo el retorno mismo de la intuición que ha objetivado. (Lacan 200)

El *tiempo para comprender* eventualmente abre paso a la fase final del proceso, donde se produce el “*aserto sobre uno mismo*, por el que el sujeto concluye el movimiento lógico en la decisión de un *juicio*” (Lacan 201). Esta fase que lleva inscrita la urgencia de alcanzar la certidumbre, Lacan la denomina *momento de concluir*. En una primera instancia, dicho momento se funda sobre un saber subjetivo, que necesariamente incluye una suerte de duda con respecto a la conclusión alcanzada. Dicha duda busca desvanecerse por medio de la confirmación del otro (u otros), y es entonces cuando “el tiempo subjetivo del *momento de concluir* se objetiva” (Lacan 205).

Al aplicar las modulaciones del tiempo lacanianas a la historia “visible” de una novela detectivesca, la de la investigación, el *instante de la mirada*, en el que comienza aquel “tránsito” desde la *prótesis* a la *apódosis*, llega a corresponder al momento en el que el detective “comprende” el misterio que le toca dilucidar como un “saber” aún no alcanzable; el *tiempo para entender* es el tiempo en el que realiza cada uno de los pasos de la investigación que desemboca en la formulación de una hipótesis, mientras que el *momento de concluir* remite al instante en el que la hipótesis encuentra una confirmación.

Señalé con anterioridad que la protagonista-narradora de *Ita* padecía de fibromialgia, enfermedad que, según la explicación de su doctor, “[...] consiste en una anomalía en la percepción del dolor, de manera que se perciben como dolorosos, estímulos que habitualmente no lo son” (Albizúrez Gil 38). La primera modulación –el *instante de la mirada*– coincide con la revelación de que una posible causa de dicha anomalía puede haber sido un trauma; pues, el mismo doctor corrobora que “el sistema inmunológico [de los que tienen fibromialgia] no responde bien” y que “aquella carencia estaría ligada a algún padecimiento psicológico, abuso en la niñez, por ejemplo, imposibilidad de expresar un trauma, otro caso” (Albizúrez Gil 39).<sup>3</sup> Cuando, al pensar en un posible origen

<sup>3</sup> En su artículo “Association Between Childhood Trauma and Loss of Functionality in Adult Women with Fibromyalgia”, escrito por Rogério Wolf de Aguiar, Diego Garcia Bassani, Ana Paula Mezacaza Filippon y Lúcia Helena Freitas Ceitlin, la condición de la que padece la protagonista-narradora de la novela *Ita* se explica de la siguiente manera: “Since the last decade, many authors have suggested an association between childhood trauma and FM. The neurobiological effects of early trauma may be mediated by chronic under- or overactivation of stress response systems, which may have deleterious effects on neurophysiological body systems via dysregulation of the hypothalamic-pituitary-adrenal (HPA) axis. The precise dysfunctions in stress regulation via the HPA axis are not yet clear in FM patients; conversely, what is clear is that the body’s stress regulatory systems are compromised, and it is possible that the precise nature and combination of each individual’s childhood experience may be contributing to the overall symptomatology of FM”. (47) La misma conexión entre lo físico y lo emocional se evoca en múltiples ocasiones en la obra. Por ejemplo, cuando Ita describe sus angustias que cada vez se vuelven “puntuales cuando [ella] lleg[a] a un bosque oscuro” donde “todos los senderos se bifurcan en la nada”, y luego regresa a su marido “con las uñas comidas, [y] con media espalda lastimada por un peso que, por

de ese padecimiento psicológico comienza a delinearse frente a Ita “la ida de mamá” (Albizúrez Gil 39), “la tentación del buceo hacia atrás [...] [la] vence poco a poco” (Albizúrez Gil 39); es decir, le sobreviene una interrogante vinculada con la naturaleza de aquel “atributo ignorado del sujeto mismo” (200) del que reflexiona Lacan, y que remite a un enigma mayor.

Aquí comienza el *tiempo para comprender*, el “de elaboración y de espera que transcurre en la indeterminación subjetiva [...] de un saber no sabido a descifrar” (Sotelo *et al.* 157), durante el cual Ita no deja de deslizarse entre un pasado distante que alberga el suceso traumático que agrieta su inconsciente y un presente en el que ella intenta saldar esa grieta.<sup>4</sup> Dicho movimiento bidireccional en sí surge, por un lado, como consecuencia de esfuerzos intencionales de “bucear” y revelar lo que no sabe, que se traduce en una investigación más clásica, detectivesca; por el otro, remite a revelaciones producidas en la esfera inconsciente bajo influencia de impulsos externos, que rescatan lo que en algún momento ella sabía, pero mantenía reprimido.

El segmento intencional de la pesquisa de la protagonista ilumina el enlace entre dos momentos principales del misterio: uno, relacionado con los motivos personales que empujan a su madre a abandonar a la familia; otro, que remite a los antecedentes de ese abandono enraizados en el conflicto nacional. En el curso de su investigación, el personaje toma los siguientes pasos:

1. Revisa el archivo de su padre. Entre los papeles reunidos en ese archivo encuentra un oficio sobre un cuerpo encontrado el 23 de septiembre de 1981 en “La Granja”, “la propiedad que [...] [su] abuelo tenía camino a La Antigua Guatemala” (Albizúrez Gil 81). El oficio, redactado por los agentes de policía ese mismo día, constata que el cadáver le pertenece a un hombre “de raza mestizo, como de 28 años de edad” (Albizúrez Gil 83) y enumera los primeros pasos de investigación policial. Informa también que el guardián de la propiedad, Rosendo López, fue el que encontró al

mucho tiempo, no pud[er] nombrar” (Albizúrez Gil 13-14). Otro ejemplo remite a la circunstancia en la que ella constata que la angustia “hace más fuerte el dolor” y, por lo tanto, hay que expulsarla (Albizúrez Gil 64).

<sup>4</sup> En su texto “Memoria y salud mental”, Julia Kristeva arguye que la represión de experiencias traumáticas representa un mecanismo del olvido que protege “la vida psíquica contra lo intolerable, que amenaza con desorganizarla”. Sin embargo, y “[a] pesar de su efecto benéfico inicial, si este mecanismo [...] actúa en forma permanente y generalizada, puede causar amnesia, inhibición del pensamiento, síntomas somáticos y angustia” (100). Es decir, el sujeto afectado puede sufrir consecuencias que dificultan su desempeño en la vida cotidiana. El trauma que padece la protagonista de la novela de Albizúrez Gil a los diez años de edad también tiene efectos postergados, que se manifiestan principalmente en sus aislamientos, silencios, horas que de niña pasaba frente al televisor, así como una necesidad obsesiva y permanente de ordenar, organizar y catalogar todo lo que encuentra en su mundo exterior e interior (el espacio, los muebles, el dolor que acompaña a la fibromialgia...). La operación del mecanismo de represión no le permite identificar el móvil de esta necesidad, lo cual en algún momento de su narración Ita explicita enunciando que no está segura si ella “cuenta como terapia o más bien si se trata de quien empieza a buscar la clave de lo mínimo, aquello que permanece a pesar de las requisas y las fugas de la vida” (Albizúrez Gil 86).



- asesinado y lo identificó como “un conocido de la señora de Batres” (Albizúrez Gil 83), la madre de Ita;
2. lleva el oficio al Archivo Histórico de la Policía Nacional, donde “se custodia la memoria de las políticas de seguridad del país” en “pilas de documentos desde el siglo XIX hasta algunos fechados justo antes de la firma de la paz” (Albizúrez Gil 78). Quiere averiguar sobre el crimen acaecido en “La Granja”, pero su investigación se estanca por falta de información disponible;
  3. dos meses más tarde, recibe una llamada del archivero, quien le comunica que, según los datos de la Policía Nacional Sacatepéquez cruzados con las fichas del Gabinete de Identificación de la Policía Nacional, el nombre de la víctima era Rolando Cajas Sagastume. En marzo de 1976, el joven estaba detenido por difundir ideas comunistas (Albizúrez Gil 96). Rosendo López fue encarcelado después del evento y posteriormente suelto gracias a la intervención del padre de Ita;
  4. acude a la Hemeroteca y busca el periódico *El Gráfico*. En el número del año 1979, encuentra una nota sobre una conferencia literaria y una foto de su madre (la organizadora) junto a Patricia González, la directora del Instituto de Cultura Hispánica donde tuvo lugar la actividad. En la foto también figura Rolando Cajas;
  5. se reúne con su hermana Fabiola. Quiere averiguar si ella “recuerda el nombre Rolando Cajas, amigo posible de [su] mamá” (Albizúrez Gil 106) y si sabe algo sobre el incidente de “La Granja”. Fabiola le confirma que su abuelo fue el que sacó a Rosendo de la cárcel y revela la posibilidad de la implicación de su madre, quien regresó a casa muy tarde aquella noche y tuvo una discusión con su padre. También le comenta que Rolando era un estudiante de doña Andrea, su madre, y que se veían a escondidas;
  6. decide visitar “La Granja”, que en el año 1990 deja de ser la propiedad de su familia. Ahora es un colegio. Al mencionar a Rosendo en la conversación con la dueña de ese colegio, se entera de que el añejo guardián todavía está vivo y obtiene su dirección;
  7. visita a Rosendo y lo encuentra lúcido y dispuesto a hablar. Rosendo le cuenta lo que sucedía en “La Granja” al principio de la década de los ochenta: doña Andrea le prestó la propiedad a un grupo de estudiantes, y estos comenzaron a reunirse allí sin consentimiento de su abuelo. Él conoció al muchacho responsable de las llaves. Una noche, después de varios meses, el muchacho llegó solo, pero de madrugada se escucharon gritos y tiros. Fue el mismo Rosendo el que encontró su cuerpo. Llegó una radio-patrulla y a Rosendo lo llevaron preso. Se quedó en la comisaría hasta que el padre de Ita intervino para liberarlo;
  8. se acerca a doña Andrea a fin de aclarar estos mismos acontecimientos, pero, dado que las dos todavía se encuentran “incapaces de construir una palabra sobre el pasado” (Albizúrez Gil 129), su primer intento queda frustrado. La segunda conversación se produce espontáneamente y resulta fructífera. Doña Andrea revela por primera vez su versión de lo sucedido.

Confiesa que a finales de los años setenta ella tenía cierta relación con Rolando, quien estaba involucrado en las actividades de una clandestina organización política, y también resalta el año 1980 como período sumamente traumático para ella, porque estaba lleno de muerte. Con Rolando ella compartía “muchos duelos” (Albizúrez Gil 151) y “[a]lgo creía [...] en sus promesas” de que “con tanto sacrificio, todo va a cambiar” (Albizúrez Gil 151). Fue por eso que le facilitó “La Granja” como lugar de reuniones a finales de ese mismo año. Aquella noche de septiembre de 1981, algo salió mal y lo asesinaron. Con la ayuda de unos amigos militares, su suegro intercedió para que Rosendo saliera de la cárcel y se encargó de que a ella no le pasara nada. No obstante, como uno de los “favores contra favores” (Albizúrez Gil 151) a las personas que ayudaron, ella tenía que quedarse callada y alejarse de la universidad y de sus amistades. Todo eso eventualmente también la llevó al alejamiento de su familia. Con estas palabras de doña Andrea que confirman lo revelado en los pasos anteriores de la investigación de Ita, la “detective” por fin logra “rehacer el mapa del abandono” (Albizúrez Gil 153). La última conversación entre la madre y la hija coincide con uno de los momentos más significativos de la historia reciente de Guatemala: el pronunciamiento de la sentencia contra el exdictador Efraín Ríos Montt, el 10 de mayo de 2013. Una vez abierto el camino a las confesiones, doña Andrea muestra unas fotografías de las *performances* a las que ella se dedicaba cuando era joven y que atestiguan su manera de luchar contra la represión. Al enterarse de que su decisión de desaparecer vino por la presencia del peligro que no ha dejado de existir en el país y que a Rolando nunca lo ha dejado de extrañar (Albizúrez Gil 168), Ita entiende que, a pesar de empeñarse en dejar una impresión diferente, su madre es una persona traumatizada que nunca ha realizado una elaboración exitosa; más bien, se da cuenta de que la “clausura” de doña Andrea es “de por vida” y que “es muy tarde para salir, pues tiene setenta y dos años” (Albizúrez Gil 168);

9. va a la playa con su hermana, donde llega espontáneamente a la última etapa de su pesquisa. En una de las conversaciones, Fabiola se acuerda de su abuelo y de la palabra “moroso” que este escribió en la pared de la casa de un cliente que faltó en pagarle por sus servicios (Albizúrez Gil 169). Con el recuerdo de Fabiola, Ita entiende el posicionamiento de su abuelo en el universo político guatemalteco de los años setenta y ochenta y dilucida el punto de conexión entre sus actividades y las actividades de su madre.

Este punto merece una explicación. Se ha mencionado antes que el sujeto traumatizado tiende a empujar los recuerdos sobre la experiencia perturbadora a una zona exenta de la operación de un mecanismo simbolizador. No obstante, como las huellas de esos recuerdos no se pueden borrar, cualquier situación de la vida cotidiana de ese sujeto puede ocasionar una “detonación” psíquica que remueva su inconsciente e incite una irrupción de lo Real del trauma desde la

esfera del inconsciente a la esfera de lo simbólico. En *El acoso de las fantasías*, Slavoj Žižek recalca esta situación enseñando que:

[...] en nuestras vidas cotidianas vegetamos, profundamente sumergidos en la mentira universal; entonces, de pronto, un encuentro contingente –una observación hecha de pasada durante una conversación, un episodio que presenciamos– saca a la luz el trauma reprimido, que hace añicos nuestro autoengaño (145).

Durante su búsqueda de la verdad, también a Ita le sobrevienen las irrupciones de lo Real que complementan los pasos de su investigación “exterior”. Una de ellas, probablemente la más sugestiva, es justamente la que se produce en la última conversación con Fabiola, cuando la protagonista por fin llega al *momento de concluir* de su enigma. Digo por fin, porque la mención de la palabra “moroso” escrita por su abuelo en la pared de una casa la hace pensar en otra, “traidora”, ya evocada al principio de la obra cuando el rumor del agua en la bañera le trae el recuerdo de un dibujo que había visto de niña en una edición de *El Infierno* de Dante. Al pensar en el castigo para los seres dibujados que ‘habían traicionado a los parientes, a la patria y bienhechores’” (Albizúrez Gil 48), Ita establece asociaciones con dos situaciones acaecidas décadas atrás, pero que en ese momento todavía no puede descifrar. “[V]olví a leer la palabra ‘traidor’ en dos superficies” –dice entonces–:

La primera, en una carta que leí a escondidas, en la cual mi abuelo se refería a su nuera como una “traidora”: estaba fechada en diciembre de 1981, cuando mamá se acababa de ir. “Eso es Juan, la Andrea se largó, te abandonó a vos y a tus hijas, pura *traidora*”. La letra del abuelo era firme [...] La segunda superficie en donde leí la palabra “*traidora*” fue en la pared blanca del enfrente de nuestra casa. Una mañana, amaneció escrita en letras negras y grandes. Mi papá, con ayuda del jardinero, echó encima pintura blanca; pero, por algún tiempo, cada mañana cuando iba a esperar el bus, podía leer en el fondo de la pared lo borrado. Nunca supe por qué esta pinta. La carta del abuelo se entendía. Pero esa pared la sepulté por años y hasta ahora me pregunto por qué. ¿A quién había traicionado mamá? ¿Y quién o quiénes marcaron aquellas letras? (Albizúrez Gil 48-49; la cursiva es añadida, J.M.)

Después de todos los pasos de su pesquisa completados, la narradora encuentra las respuestas a estas preguntas en la conversación con Fabiola, y explica:

En ese momento me vienen a la mente las palabras que he olvidado. Las escritas en la pared de mi casa, las de *traidora*. Las había dejado por un lado. Me digo si la carta no fue suficiente y el abuelo necesitó marcar nuestra casa. Hacerle ver a papá su condición de engañado. Si tanta fue la cólera al descubrir “La Granja” como territorio invadido. Territorio tomado por los enemigos. Tomado por el intruso. (Albizúrez Gil 169-170; la cursiva es añadida, J.M.)

Ita entiende que, para su abuelo, doña Andrea era una traidora tanto de la familia como de los principios de la ideología que él representaba. Al mismo tiempo, por primera vez se ve capacitada para observar a su madre en condición de víctima y para explicarse a sí misma “su gesto de horror ante la posibilidad de bajar al sótano de tribunales y ver a [su novio] Banana Revólver tras las rejas.

Su advertencia: primero vendo mi alma al diablo. Miedo. Acorralada” (Albizúrez Gil 169).<sup>5</sup> Esta confirmación de la duda sobre la conexión del abuelo y la ida de su madre que aportan las palabras de Fabiola, produce un impacto sobre Ita y ella sufre un quiebre interno que se manifiesta en forma de una pesadilla.

Los sueños por definición representan los “textos” sobre lo Real, dado que cubren el vacío que no se deja significar. No es nada curioso, entonces, que después del impacto de su revelación Ita sueña lo siguiente:

Soy un topo debajo de la tierra. Excavo un túnel que me lleva a otro túnel y ese a otro más y ese a otro, a una conexión de rutas sin salidas. Rutas oscuras. Rutas húmedas. Trato de gritar, pero no salen las palabras. Intento arañar mi lengua, para que salgan. Solamente oigo un sonido chillón. No sé por dónde seguir. Corro rápido. Pero cuanto más corro hacia adelante, más ciega, más topo, más tierra. (Albizúrez Gil 170-171)

Una interpretación de estas imágenes oníricas con la ayuda de lo imaginario (un intento de descifrar lo Real), vislumbra un reconocimiento inconsciente de la protagonista de la imposibilidad de llegar a una verdad completa sobre el pasado. Por eso ella decide “[p]arar en la búsqueda” y “cerrar la herida” (Albizúrez Gil 171). Con ese fin, procede de la siguiente manera:

1. adquiere la última dirección de Rolando Cajas en la Oficina de Registro y Estadística de la biblioteca de la Universidad San Carlos;
2. visita el Archivo General de Protocolos y revisa los documentos de los años 1981 y 1982 autorizados por su padre y su abuelo para dar con “algún otorgante identificado con profesión militar” que podría “conectar con algún camino” (Albizúrez Gil 172);
3. pasa por el Archivo Histórico de la Policía Nacional, donde pide copias de los documentos encontrados por el archivero, les adjunta el oficio sobre el cuerpo encontrado en “La Granja” y prepara una carpeta en la que incluye todos esos papeles;
4. se acerca a la dirección del domicilio de Rolando conseguida en la Oficina de Registro, con la intención de entregar la carpeta a su hermana Teresa, pero no la encuentra. Una vecina del barrio le pasa la “nueva” dirección de la mujer y ella deja la carpeta en la entrada de su casa.

Para aproximarnos a la intención subyacente a estos actos, sería útil recurrir al libro *Haunting Legacies: Violent Histories and Transgenerational Trauma*, donde Gabriele Schwab reflexiona sobre las sociedades cuyos miembros en algún momento de su historia se convirtieron en cómplices activos o pasivos de las actividades criminales en su entorno, para luego encubrir esta complicidad por medio del silencio. El trauma que estas personas padecen –calificado por la estudiosa como trauma de perpetrador–, se transmite de manera

<sup>5</sup> Esta imagen, además, se contradice con la imagen de una persona que ha logrado elaborar su trauma. La madre de Ita aparenta una creencia de que “curó sus heridas y [que] debe curar las de los demás. Su boca es una larga venda que a unos consuela y a otros nos asfixia. La he escuchado decir que soltó las opresiones internalizadas” porque “no hay plenitud posible sin la mente liberada” (Albizúrez Gil 14).

inconsciente también a sus descendientes, convirtiéndolos por su carácter persecutorio –“haunting quality” (Schwab 90)–, en “víctimas” de una complicidad heredada –“unwitting complicity” (Schwab 34)–. La incomodidad que genera dicha circunstancia requiere una toma de acción de parte de estos últimos que conduzca al reconocimiento de los efectos de la transmisión, porque, en palabras de Schwab, ese reconocimiento también implica una revelación de “unspoken suffering and secret histories [of the ancestors], as well as their guilt and shame, their crimes” (80). Es justificable, entonces, constatar que en el acto de entrega de documentos que, de ser continuada la investigación, podrían inculpar a los miembros de su familia, también se inscribe un impulso inconsciente de la protagonista de redimirse por una culpa heredada. Y no solo eso. Dicha interpretación también permite condenar la pasividad de todos los que durante el conflicto seguían las reglas impuestas sin cuestionarlas y hacían oídos sordos a los horrores que sucedían en su entorno. Durante su visita al Archivo Histórico de la Policía Nacional, Ita identifica a esas personas como “masa silenciosa”, y entre ellas incluye a su familia (sin excluirse a sí misma):

Los que hemos trabajado en horarios puntuales. Los que algo supimos de una violencia que se llamó conflicto armado. Los que estuvimos del lado del orden. Los que fundamos la normalidad en lo anormal. Los que empujamos hacia delante y hoy tenemos cierta nostalgia de aquellos años porque la ciudad no era este caos, porque los delincuentes se nos figuraban como hordas de salvajes localizadas, que caerían tarde o temprano en la mano justiciera de algunos que nos salvarían de la caída nacional. Quiénes, no lo sabíamos, cómo eran esos centinelas, tampoco. Relatos de horror, alguno leímos, algo escuchamos, algún rumor corrió por allí. Pero la llamada al progreso, esa potente llamada, nos hizo pensar que no podía ser verdad. Teníamos mucho que hacer, familia que mantener, hijos que sacar adelante, un país por construir. No había tiempo que perder, en todo caso Dios nos protegería. Así habla en mi cerebro el *nosotros* que modeló mi infancia, mi adolescencia, y mis sueños. Un nosotros que imagino, mientras espero, como *marmotas amigables metiendo la cabeza debajo de la tierra*. (Albizúrez Gil 79; la cursiva es añadida, J.M.)

Más allá de lo subjetivo, esta cita expone los elementos clave del discurso sobre el que se fundamenta la fantasía ideológica en Guatemala a finales de la década de los años setenta y comienzos de la década de los ochenta; concepto definido por Slavoj Žižek como “trama fantasmática que oculta el horror de una situación dada”, puesto que “en lugar de mostrar sin cortapisas las fuerzas antagónicas que hay en [...] [la] sociedad”, se concibe “como un todo orgánico que se mantiene unido por vínculos de la solidaridad y cooperación” (*El acoso* 11). Lo que subyace a la fantasía ideológica en este país es la visión de “un Estado que amplía y extiende el flujo de dominación en tanto que forma de extirpación directa de lo no-idéntico, de la rebeldía o su representación” (Palencia Frener 165). Y es justamente este acto de abyección violenta de lo propio que se reconoce como ajeno por pervertir las jerarquías del sistema y constituirse como amenaza para su funcionamiento (ver Kristeva, *Poderes* 11) lo que pone en evidencia el aspecto ilusorio de la fantasía; pues, deja traumas en la sociedad que suelen sintomatizarse en comportamientos patológicos de sujetos afectados.

Si bien indirectamente, también la fibromialgia de la protagonista-narradora de *Ita* se articula como fenómeno con valor sintomático, su causa, como sabemos, reposa en el trauma inducido a partir de la actuación del otro, traumatizado por su parte por las circunstancias generadas por el Estado criminal.

En la continuación de la cita anterior, la narradora retoma el símil que iguala al “nosotros” del discurso del poder con “marmotas” que esconden sus cabezas debajo de la tierra, para volver a trasladarse al ámbito más personal. Al enunciar que “en cuanto a [...] [ella], hay un ojo que sale fuera de la tierra”, una avalancha de recuerdos reprimidos inunda su mente:

Es el ojo que mira tras la puerta a mamá y sus amigos. Ella habla de tirar la casa por la ventana [...] [y s]e emociona [...] porque lee y lee una cita como ebria que repite la misma historia, porque dice ella, todo va a cambiar en este país. Lleva adentro una alegría que explota como bomba detonada para destruir. La imprudencia de la euforia, del aquí todo es posible, de amigos rodeándola, de alumnos siguiéndola, de libros, cuyas palabras iban demasiado delante del presente real. Imágenes lejanas, sí, pero imágenes que están allí y las saco ahora sin hilo ni secuencia: mamá escondiendo algún libro debajo de un piso falso, mamá hablando de libertad, mamá vistiéndose de negro porque empiezan a ser muy frecuentes los funerales, mamá diciendo que no puede ser, frente a la televisión, porque las llamas consumían la embajada de España, porque su amigo, el agregado cultural español, Jaime Ruiz del Árbol, estaba allí a esas horas. Casualidad macabra. Mamá que no se parece a las otras madres, mamá que se fue un día. (Albizúrez Gil 79-80)

Mamá que, por lo visto, también padece una suerte de abyección por su forma de ser y actuar. Digo una “suerte” de abyección, porque el conflicto familiar la confina a un rol que no puede asumir, pero el alejamiento de la familia es resultado de la decisión propia de irse.

No es una casualidad que todos estos recuerdos se retrotraigan durante la visita de Ita al Archivo Histórico de la Policía Nacional, lugar cuyo descubrimiento “no sólo ayudó a precisar los sitios a registrar, sino que confirmó la dimensión de la participación del Estado guatemalteco en la represión, permitiendo que se abriesen casos judiciales en torno a varias masacres realizadas por el Ejército y la guerrilla” (Taracena Arriola 17). La irrupción de lo Real que sucede en este instante, junto con otras irrupciones de los recuerdos dolorosos reprimidos de la protagonista —que en la mayoría de los casos se producen durante sus encuentros con Sebastián, el hijo de Delfina, una mujer quiché que trabajaba como sirvienta en la casa de su familia, y/o gracias al trabajo de la memoria que procede de su afán de “ordenar”—, acerca al lector a las particularidades del contexto socio-político del país durante el conflicto nacional. También lo hacen las reflexiones de la narradora sobre diferentes asuntos personales y sociales que incluyen referencias históricas explícitas (personajes, lugares y fechas importantes)<sup>6</sup> e implícitas (personajes que tipifican ciertos segmentos de la

<sup>6</sup> Algunos de los ejemplos remiten a los recuerdos de los paseos de Ita y Fabiola con su madre por el barrio donde en el presente vive Sebastián, a través de los cuales nos enteramos de los círculos de amistades dentro de los que se movía doña Andrea a finales de los años setenta: un poeta y periodista (Manuel José de Arce), un semiólogo y actor de teatro (Roberto Peña), y un archivador de artículos y fotografías de *El Imparcial* (Rufino Guerra Cortave), de actitudes

sociedad, por ejemplo)<sup>7</sup>, que además establecen un marco temporal más amplio de la trama de la obra.<sup>8</sup> La referencia más relevante para el argumento remite a la coincidencia entre una parte de la investigación de la protagonista y el anteriormente mencionado juicio al general Efraín Ríos Montt por el genocidio en contra de algunos grupos del pueblo maya, ejercido durante los años de su gobierno (1982-1983). El informe elaborado en 1999 por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico –*Guatemala, Memoria del silencio*–, especifica que el blanco durante el conflicto eran no solo los “combatientes o colaboradores de la guerrilla” sino también los “niños, mujeres y ancianos, marcando un rasgo de castigo colectivo” (Taracena Arriola 18). El número de víctimas llama la atención de diferentes organismos internacionales, por lo cual se presiona la realización de nuevas investigaciones en los años 2000.

En *El cuerpo del delito. Un manual*, Josefina Ludmer sostiene que el delito representa un instrumento “para definir y fundar una cultura” (13), “un instrumento conceptual particular; [que] no es abstracto, sino visible, representable, cuantificable, personalizable, subjetivizable; [que] no se somete a regímenes binarios; [que] tiene historicidad, y se abre a una constelación de relaciones y series” (12). En la esencia del delito, tal como lo define Ludmer, se enraíza lo que Žižek designa como violencia subjetiva. Este tipo de violencia “se ve como una perturbación del estado de cosas ‘normal’ y pacífico” (*Sobre la violencia* 10), y es justamente esta “normalidad” el trasfondo que la visibiliza. Žižek también reflexiona sobre otro tipo de violencia, la sistémica, que ya no es atribuible a los individuos concretos, sino que se encuentra arraigada en el funcionamiento del sistema político y económico de una sociedad. Se trata de “algo como la famosa ‘materia oscura’ de la física, la contraparte de una (en exceso) visible

---

y opiniones opuestas a la opresiva política del gobierno en el país, ahora todos muertos (ver Albizúrez Gil 68-71); otros evocan eventos particulares, como una fiesta de cumpleaños a la que Ita asiste en julio de 1981, cuando se producen unos ataques del ejército a los guerrilleros (ver Albizúrez Gil 55-57); otros, por su parte, subrayan la simetría de las circunstancias del pasado y el presente, como es el caso de las imágenes de una mantas “con letras negras por los derechos de los pueblos mayas” y en contra del “poder colonial del hombre blanco” con las que Ita se topa después de un acto político y las mantas que veía cerca de la Facultad de Humanidades, cuando iba a recoger a su madre “a la salida de sus clases. Igual garra en cada letra. Igual caligrafía de urgencia” (Albizúrez Gil 110).

<sup>7</sup> Delfina, la sirvienta en su casa con su hijo Sebastián, y las mujeres que testimonian sobre sus experiencias traumáticas en la Fundación de Mujeres Sobrevivientes, donde Ita trabaja de abogada, entre otros.

<sup>8</sup> Entre los recuerdos más distantes de la protagonista se enumeran los que tienen que ver con el terremoto del 4 de febrero de 1976. La referencia a sus abuelos maternos, quienes vivían en una zona de viviendas más afectadas por la catástrofe, le sirve como “pretexto” para realizar un breve recuento de la vida de su abuelo que manda su narración a la Revolución del 1944 y de ahí repasa muy concisamente toda una década en la que se suceden los gobiernos de Juan José Arévalo y de Jacobo Árbenz Guzmán. Durante este período, el padre de su madre trabaja como tipógrafo en la Tipografía Nacional. Cuando en 1954 sucede la Contrarrevolución, él pierde su puesto y se ve obligado a comenzar a trabajar en una pastelería. Con esto, la narradora construye un puente hacia una época más feliz, de la preguerra, en la cual prevalecen de todo el caos que afecta el país, los recuerdos entreverados por el más genuino afecto: la imagen de los dedos de su abuelo jugando con su pelo: “la primera sensación de ternura y miedo en el recuento de [...] [sus] afectos” (Albizúrez Gil 27).

violencia subjetiva” (*Sobre la violencia* 10). En esta línea y para los efectos del presente argumento, es importante resaltar otro elemento más de las páginas de *Ita*: el asesinato de Manuela, la (ex)novia activista de Sebastián, cometido más de tres décadas después del crimen sobre Rolando Cajas. En ambos casos, las víctimas son personas que se rebelan contra el sistema, mientras que la distancia temporal entre sus perpetraciones crea un espacio espectral dentro del cual se establece una relación particular entre los dos tipos de violencia žižekianos. A saber, si bien el asesinato de Manuela en una primera instancia puede configurarse como explosión incidental de la violencia subjetiva –pues, se produce en el año 2013, en los tiempos de posguerra–, este crimen, al igual que del que es víctima Rolando Cajas, surge a partir de la violencia sistémica, reflejando una continuidad de los patrones de distribución del poder, que mantiene lo Real del trauma a flote.

Lo que también en cierta medida “asegura” la vigencia del trauma es el trato de los crímenes perpetrados durante la guerra en épocas posteriores a los Acuerdos de Paz. Yansi Pérez señala que en Centroamérica, en general, “vemos la ausencia de un dispositivo jurídico-legal que permita a la sociedad aspirar a una posible restitución, aunque sea simbólica, por [...] [esos] crímenes” (50). Rafael Cuevas Molina agrega que en Guatemala, en particular, “el miedo, la corrupción y la ineficiencia no daban esperanzas que el poder judicial pudiera asumir el papel que le correspondía” y que “solo muy recientemente el aparato judicial ha podido dar pasos positivos en dirección del juzgamiento de hechos del tiempo de la guerra” (93). El asunto es que, por lo general, la falta del procesamiento de los criminales por sus delitos tiene la capacidad de privar a los sujetos traumatizados de los recursos necesarios para sanar. Es decir, al frustrarse la posibilidad de que “la prueba de culpabilidad y el castigo a los criminales” certifiquen “la ocurrencia de los crímenes y, en ese sentido, alcan[cen] una función cercana a la del testimonio y a aquella que cumplen los ritos funerarios y el público en el duelo” (De Castro Korgi 229-230), esos sujetos pueden quedarse condenados a deambular dentro de sus ciclos de actuaciones donde “[e]l lugar ese, el de la huella, se repite [...] y uno va a volver allí y uno da vueltas y se aleja, y se va y de repente otra vez para allá” (Albizúrez Gil 57).

Después de escuchar los testimonios de las mujeres del triángulo Ixil que padecieron monstruosidades entre los años 1981 y 1983 (en la Fundación de Mujeres Sobrevivientes y en el juicio a Ríos Montt), también la narradora de *Ita* apunta a la importancia del procesamiento de los criminales de la guerra para la superación del trauma nacional. Ella se percata de que es necesario “salir de los interiores” y “[a]brir los cuerpos enfermos. Evacuar las casas donde duele el corazón. Romper los cedazos, atravesar las puertas. Sacar. Vaciar. Correr. La estampida que la justicia debe empujar desde la ley” (Albizúrez Gil 165). El intento de imponer justicia en el juicio al exdictador, sin embargo, queda frustrado –su sentencia a ochenta años de prisión se anula después de un par de semanas–, pero la ruptura que esa sentencia supone (ver Albizúrez Gil 165) permite que se vislumbre una apertura hacia otros intentos, así como una llamada a participación más activa por parte de la sociedad.



Es en este nivel, donde lo subjetivo se entrelaza con lo social, donde la novela cobra su mayor relevancia. A saber, la investigación de la protagonista, acompañada de una serie de acontecimientos –la (re)conexión con Sebastián, indio y artista que pone su obra en función de la crítica de la sociedad, la separación de su marido, y el ingreso en el trabajo de la Fundación–, tiene como efecto tanto un (re)descubrimiento personal y una aceptación de la propia condición “defectuosa”, como una concientización sobre los problemas existentes en su entorno. Esta transformación del personaje que de un sujeto pasivo, declarado como apolítico (ver Albizúrez Gil 68), pasa a ser un sujeto activo, al mismo tiempo explica la estructura de la obra: su comienzo que evoca el año 1982 y la sensación del abandono de una niña de “diez años recién cumplidos” (Albizúrez Gil 11), y su final que pone en el primer plano la manifestación del 27 de agosto de 2015 en la que esa misma niña, junto con otros protestantes, exige la renuncia de Otto Pérez Molina, “el antiguo oficial contrainsurgente en la castigada región Ixil” (Taracena Arriola 21). Tampoco es una casualidad, entonces, que el “Epílogo” vuelva a reanudar los “cabos” subjetivo y social con una nueva reminiscencia de la narradora sobre las manos tiernas de su abuelo materno, mientras que en su entorno “[c]on cada redoblar [de tambores] retumban las voces de los ausentes”. Con las voces “de Manuela y la de tantos otros” (Albizúrez Gil 182), la plaza se transforma en una patria donde las voces *no* cantan al unísono, pero *sí* dejan “fluir el miedo acumulado, la ira acumulada, la ignorancia acumulada” (Albizúrez Gil 182).

Para terminar la presente reflexión, vuelvo sobre el papel de la literatura en la lucha por la memoria y, con ese fin, recorro nuevamente a las reflexiones de Rafael Cuevas Molina, quien arguye que en Guatemala “prácticamente no existe arte que justifique o enaltezca lo hecho por las llamadas fuerzas contrainsurgentes, pues éstos tienen asegurado un espacio de legitimación en la *memoria* oficial, transformada en *historia* oficial, que se transmite a través de la institucionalidad establecida y en el sentido común dominante”; consecuentemente, el arte se constituye como “espacio de expresión de aquellos que consideran que sus derechos han sido conculcados” (93). La primera novela de Mónica Albizúrez Gil se inscribe justamente en ese espacio de memorias alternativas, “sonorizando” lo que la memoria oficial pretende silenciar. Esta obra que cumple con los requisitos del género policial en lo formal, ofrece una narración muy particular en la que el crimen obtiene una relevancia menor que lo que a partir de él se produce: la exploración e iluminación de aquel espacio del inconsciente que almacena los recuerdos traumáticos del sujeto, a fin de exponer (y condenar) la criminalidad del Estado en el pasado y la (impune e inmune) violencia en el presente. En un contexto donde las tendencias de suprimir los recuerdos traumáticos “desde el poder” están en tensión con las tendencias de fomentar (el trabajo de/en) la memoria y buscar formas de rescatar la magnitud de lo Real del trauma (subjetivo y social), novelas como *Ita*, que responden a una *necesidad* de recordar como impulso heterodoxo en el sentido bourdieuano de la palabra, se configuran como propuestas originales para un (nuevo) subcampo de la narrativa policial.

## Obras citadas

- Adriaensen, Brigitte, y Valeria Grinberg Pla, eds. *Narrativas del crimen en América Latina: Transformaciones y transculturaciones del policial*. Berlin: Lit Verlag, 2012. Impreso.
- Aguiar, Rogério W, Diego G. Bassani, Lúcia H. F. Ceitlin y Ana P. M. Filippou. "Association between Childhood Trauma and Loss of Functionality in Adult Women with Fibromyalgia" *Trends in Psychiatry and Psychotherapy* 35.1 (2013): 46-54. Impreso.
- Albizú Gil, Mónica. *Ita*. Guatemala: F&G Editores, 2018. Impreso.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.
- Belaga, Guillermo, Marta Coronel, María A. Cruz, Antonella S. Miari, Emilia Paturllane, María A. Rojas, M. I. Sotelo y Mariela Vigil. "Variaciones de la noción de tiempo: Psicoanálisis e institución". *Anuario de investigaciones* 19.2 (2012): 155-160. Impreso.
- Cawelti, John. *Adventure, Mystery and Romance: Formula Stories as Art and Popular Culture*. Chicago: Chicago University Press, 1976. Impreso.
- Cuevas Molina, Rafael. "El arte y la literatura en la construcción y disputa de la memoria en Guatemala". *Revista de Historia* 36 (2019): 91-97. Impreso.
- De Castro Korgi, Sylvia. "Impunidad, venganza y ley. (Más allá del reverso de la ley del padre)". *Desde el Jardín de Freud* 5 (2005): 226-240. Impreso.
- Enzensberger, Hans Magnus. "Reflexiones ante una celda encristalada". *Política y delito*. Barcelona: Seix Barral, 1966. 7-34. Impreso.
- Evans, Dylan. *An Introductory Dictionary of Lacanian Psychoanalysis*. New York: Routledge, 1996. Impreso.
- Freud, Sigmund. "Duelo y melancolía". *Derrida en castellano*. [https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/restos/freud\\_duelo\\_melancolia.pdf](https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/restos/freud_duelo_melancolia.pdf). Web.
- Giardinelli, Mempo. *El género negro. Ensayos sobre literatura policial*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1996. Impreso.
- Hühn, Peter. "The Detective as Reader: Narrativity and Reading Concepts in Detective Fiction". *Modern Fiction Studies* 33.3 (1987): 451-466. Impreso.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España editores, 2002. Impreso.
- Kokotovic, Misha. "Neoliberal Noir: Contemporary Central American Crime Fiction as Social Criticism". *Clues* 24.4 (2006): 15-29. Impreso.
- Kokotovic, Misha. "Neoliberalismo y novela negra en la posguerra centroamericana". *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – III*. Eds. Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada. Guatemala: F&G Editores, 2012. 185-209. Impreso.
- Kristeva, Julia. "Memoria y salud mental". *¿Por qué recordar?* Ed. Françoise Barret-Ducrocq. Barcelona: Granica, 2002. 100-101. Impreso.
- Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*. México: Siglo XXI, 2010. Impreso.
- Lacan, Jacques. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 2009. Impreso.
- LaCapra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005. Impreso.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito: Un manual*. Buenos Aires: Perfil Libros, 1999. Impreso.

- Mackenbach, Werner. "Narrativas de la memoria en Centroamérica: entre política, historia y ficción". *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – III*. Eds. Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada. Guatemala: F&G Editores, 2012. 231-257. Impreso.
- Mattalia, Sonia. *La ley y el crimen: usos del relato policial en la narrativa argentina 1880-2000*. Madrid y Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2008. Impreso.
- Núñez Handal, Vanessa. *Dios tenía miedo*. Guatemala: F&G Editores, 2011. Impreso.
- Palencia Frener, Sergio Guillermo. "Rebelión social y contrainsurgencia en Guatemala, 1981-1983. Conformación estatal y potencialidad revolucionaria". *Liminar: Estudios Sociales Y Humanísticos* 12.1 (2013): 161-176. Impreso.
- Pérez, Yansi. "El poder de la abyección y la ficción de posguerra". *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – III*. Eds. Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada. Guatemala: F&G Editores, 2012. 49-72. Impreso.
- Perkowska, Magdalena. "Un pasado que persigue: recuerdo y archivo en *Dios tenía miedo* de Vanessa Núñez Handal". *Confluencia* 32.2 (2017): 118-131. Impreso.
- Piglia, Ricardo. "Sobre el género policial". *Crítica y ficción*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1986. 67-70. Impreso.
- Quesada, Uriel. "De *Castigo divino* a *El cielo llora por mí*: 20 años del neopolicial centroamericano". *Narrativas del crimen en América Latina: Transformaciones y transculturaciones del policial*. Eds. Brigitte Adriaensen y Valeria Grinberg Pla. Berlin: Lit Verlag, 2012. 59-74. Impreso.
- Quesada, Uriel. "¿Por qué estos crímenes? Literatura policiaca en Centroamérica". *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – III*. Eds. Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada. Guatemala: F&G Editores, 2012. 165-184. Impreso.
- Schwab, Gabriele. *Haunting Legacies: Violent Histories and Transgenerational Trauma*. New York: Columbia University Press, 2010. Impreso.
- Simpson, Amelia S. *Detective Fiction from Latin America*. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press, London y Toronto: Associated University Press, 1990. Impreso.
- Taracena Arriola, Arturo. "Memoria, historia y verdad en torno a la Comisión de Esclarecimiento Histórico de Guatemala". *Revista de Historia* 36 (2019): 13-23. Impreso.
- Todorov, Tzvetan. "The Typology of Detective Fiction". *The Poetics of Prose*. Ithaca: Cornell University Press, 1977. 42-52. Impreso.
- Zardetto, Carol. "Arte y posguerra en Guatemala". *Revista de Historia* 36 (2019): 99-109. Impreso.
- Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2003. Impreso.
- Žižek, Slavoj. *El acoso de las fantasías*. México, D.F.: Siglo XXI, 2005. Impreso.
- Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós, 2009. Impreso.